Muscadin.

Llegó al mundo como fruto de una unión realizada, según la frase de Víctor Hugo, por un tonto ansioso de hundirse en la miseria con una mujer al cuello, y cierta moza, de regular trapío, planta silvestre enfermada en el invernadero de la soltería, que vió en el matrimonio una carrera y se abandonó á él, soñando en realizar las ambiciones que acariciaba cuando célibe.

En el colegio de instrucción primaria (la única que sus progenitores intentaron darle) aprendió todo lo malo, y con su pereza sin igual apuró la paciencia del dómine, hasta que el buen hombre, fastidiado de palmetas y correctivos, lo expulsó vergonzosamente de la escuela.

Entonces, el autor de su existencia, mirando el porvenir del chicue-

lo reflejado en su propia biografía, y considerando que de él sólo podría obtenerse un mal empleado, pensó en la nómina, la insaciable parásita que había engullido á todos los varones de su raza; algún amigo habló del taller, ese noble elemento donde el trabajo puede convertirse en capital, y aquella proposición indignó al padre extraordinariamente....¿Cómo?....¡Su hijo ennegreciéndose en la fragua, estropeando sus femeniles manos en el yunque, salpicado de aceites, embadurnado de hollín, confundido entre gentes ordinarias y obreros ganapanes, deshonrado. ¡Imposible! Semejante proposición era una injuria; ni estando loco la aceptaba, y con esa presunción estúpida de los humildes que tienen vanidades señoriles, resolvióse á amamantar los incipientes vicios del muchacho, dedicándole á las labores sedentarias y agobiantes del burócrata.

Franqueó las puertas del Palacio Nacional, esas bocazas del terrible dragón, la empleomanía, que devoran

hambrientas, energías, juventudes é inteligencias; entró inconsciente y dichoso para convertirse en el modesto asalariado, en una fuerza inútil debilitada por disciplinas rudas y obediencias jerárquicas, en la última rueda de aquella máquina trituradora de hombres, que estaciona todas las actividades ó las mata lentamente.

Llegó allí, para empolvarse y envejecer entre los expedientes, padeciendo la sempiterna pesadilla del ascenso, ese legendario Mesías que tantas fiebres malsanas y diabólicos manejos provoca en la antesala del Ministro.

No correspondió á las risueñas esperanzas que cifraban sus padres en él. Descuidó puniblemente sus deberes, asistió á la oficina con impuntualidad desesperante, cortejó mozuelas de cortas faldas, contrajo pequeñas deudas y tuvo amiguitos perdularios, que no iban á la cátedra y andaban siempre á puñadas por las escuelas de niñas.

Cierta noche, ¡noche aciaga! los

cónyuges pasaron la velada entre disputas, camándulas y lagrimones, esperando al jovenzuelo que, gozoso de la emancipación definitiva, corría alegremente la primer parranda, de bracero á una perdida, y metiendo zambras por callejas y cantinas.

Desde esa vez, aquel calaverilla inició una vida de huelgas y desorden, escandalizando al vecindario con sus pillerías, haciendo verter copiosas lágrimas á la que en su seno le llevó, y exasperando al empleadillo que, aunque tarde, comprendió que su hijo descendía á un despeñadero, y consecuentemente debía estrellarse en la sima tenebrosa.

Fugóse de la paterna casa, para vivir en marital concubinato con una mujerzuela; unida ya su suerte á la de aquella Circe del pudridero, fué cliente á tabernas y bacanales, acreditando un valor dudoso en cien luchas de púgil con otros mozos tan haraganes como él; gastó lujo, vendiendo á precio vil las caricias de su compañera, fué algo como el Brummel de una sociedad abyecta,

el héroe de los bailes escandalosos, y el Don Juan de las traídas y llevadas.

Desde entonces su vida tiene muchas metamorfosis: en el día, es un falso *boulevardier*, paséase en la calle de San Francisco cuidadosamente acicalado, fijando sus vidriosas pupilas en los coches de alquiler en cuyos chorreados cojines se recuestan mujeres gastadas por el vicio que exhiben su provocante atavío con desvergüenza inaudita.

Al atardecer, cuando la postrera claridad diurna desfallece al tramontar el hemisferio el sol, y las estrellas en raudo enjambre comienzan á chispear en el zafir ensombrecido del espacio; á esa hora, en que apagada tras montuosa lontananza la última hoguera del día, se iluminan las deslustradas esferas de mil focos de luz, el holgazán, instalado en los dinteles de Iturbide ó la *Maison Dorée*, se convierte en lechuguino insubstancial, en el amanerado *crevé* que habla fuerte, fuma tabaco, lo calumnia todo, escupe como un ebrio, morti-

fica á las damas que pasan, y saluda á sus amigas con vocablos de taberna.

Ya avanzada la noche, corre á inmunda callejuela, y allí escandaliza, riñe y se emborracha estúpidamente, esperando á su amante junto á una puertecilla entreabierta que arroja por su abertura un chorro de rojiza luz, cauda dorada que se aventura en la sombra anunciando una casa de mal vivir al transeunte que sale excitado de cualesquier teatro por horas.

Allí es el *souteneur* revolcándose en las más horrorosas degradaciones, el cínico que ha perdido todas las emulaciones nobles, un ser nocivo que prestará mañana un poderoso contingente á la siniestra legión que con trabajo de roedor, procura el derrumbamieuto de la sociedad taladrando incansable sus cimientos.

INDICE.

	Páginas.
Un Desencanto	5
La Coqueta	21
El Delito	33
Juan	133
Noctivaga	143
De Viaje	151
Confesión	169
El Ratero	191
La Duda	197
Muscadin	213